

# “TEMBLAR CON TODO EL CORAZÓN POR LA PÉRDIDA DEL PRÓJIMO”.

## EL ITINERARIO ESPIRITUAL DE SAN PACOMIO SEGÚN LA PRIMERA VIDA GRIEGA<sup>2</sup>

### La “apología” de san Pacomio hacia el final de su vida

En el año 345, Pacomio<sup>3</sup> fue llamado a comparecer ante un sínodo local<sup>4</sup>. El relato que del hecho nos ha conservado la *Primera Vida Griega* es uno de los más coloridos de esta obra:

«Cuando la fama (de Pacomio) se extendió hasta muy lejos, hablaban sobre él, algunos mesuradamente y otros exageradamente. Y en cierta ocasión se dudaba de su, así llamada, clarividencia; entonces, fue convocado a la iglesia de Latópolis, en presencia de monjes y obispos, para responder sobre esto. Vino con algunos hermanos ancianos y, mirando a los que lo querellaban<sup>5</sup>, guardó silencio. Cuando fue invi-

<sup>1</sup> El P. Enrique Contreras es Abad de la Abadía Santa María, de Los Toldos, (Buenos Aires), Argentina.

<sup>2</sup> Comunicación presentada en el *Coloquio* sobre: “Vías ascéticas en la Antigüedad Tardía y la Alta Edad Media”. Abadía San Benito de Buenos Aires, 8-9 de septiembre de 2010.

<sup>3</sup> El nombre *Pacomio* parece que era frecuente en Egipto, y significaba “halcón del rey”. Cf. V. DESPREZ, *El cenobitismo pacomiano*, en *Cuadernos Monásticos* ns. 116 (1996), pp. 9-41 (con amplia bibliografía); 119 (1996), pp. 450-473; 121 (1997), pp. 129-149 (trad. del francés). En 345, Pacomio debía tener 52 años.

<sup>4</sup> Tal vez, en los meses de septiembre u octubre.

<sup>5</sup> Lit.: “a los que amaban las querellas” (*philonēikoūntas*).

tado a defenderse por los obispos Filón y Mouei<sup>6</sup>, él les dijo: “¿No eran ustedes en un tiempo monjes conmigo en el monasterio, antes de ser obispos? ¿No me han visto amar a Dios, por su gracia, como ustedes mismos, y cuidar de los hermanos? Cuando Moisés de Magdólón<sup>7</sup>, como se le llamaba, fue poseído y los demonios lo arrebataron para matarlo en las cavernas, ¿no saben cómo, por mi intermedio, la gracia de Dios lo socorrió? Para no decir nada del resto”. Ellos le respondieron: “Creemos que eres un hombre de Dios, y sabemos que has visto a los demonios, haciéndoles la guerra para que se alejen de las almas. Pero como el don de clarividencia es algo grande, defiéndete de nuevo sobre esto, y persuadiremos a los que murmuran”.

Entonces él les dijo: “¿No me han escuchado decir muchas veces que fui un niño nacido de padres paganos, que no sabía quién era Dios? ¿Quién, entonces, me dio la gracia de convertirme en cristiano? ¿No ha sido el mismo Dios que ama a los hombres? Después, como había pocos monjes, apenas se encontraban grupos separados de dos, cinco o, a lo sumo, diez, y con gran dificultad se gobernaban mutuamente en el temor de Dios. Ahora nosotros somos esta gran multitud, nueve monasterios, en los que nos apresuramos día y noche, por la misericordia divina, a conservar nuestras almas sin reproche. También ustedes confiesan que saben discernir lo concerniente a los espíritus impuros; por otra parte, el Señor nos ha concedido reconocer, cuando Él lo quiere, quién de los monjes anda correctamente y quién es monje sólo en apariencia. Pero dejemos allí el carisma de Dios. Los sabios y prudentes del mundo, si pasan algunos días en medio de los hombres, ¿no saben discernir y reconocer la disposición de cada uno? Y Aquél que ha derramado su sangre por nosotros (*Hb* 9,12), Sabiduría del Padre (*1 Co* 1,24), si ve a alguien temblando con todo su corazón por la pérdida de su prójimo, sobre todo de un gran número, ¿no le concederá el medio para salvarlo irreprochable, sea por el discernimiento del Espíritu Santo, sea por una visión, cuando el Señor lo quiera? No crean, en efecto, que yo veo las realidades de nuestra salvación cuando quiero, sino sólo cuando Aquél que gobier-

<sup>6</sup>Filón fue promovido a la sede de Tebas en el año 339. En tanto que Mouei posiblemente era obispo de Latópolis en el momento de la celebración del Sínodo (cf. A. VEILLEUX, *Pachomian Koinonia*, vol. 3, Kalamazoo, Michigan, 1982, p. 418 (Cistercian Studies, 47); en adelante: Veilleux.

<sup>7</sup>Seguimos a Veilleux, que considera que el nombre “Magdólón” se refiere a una ciudad. Pero también podría traducirse como sigue: «el así llamado “torre de vigilancia”» (cf. J. FESTUGIÈRE, *Les Moines d'Orient*, t. IV/2: *La première Vie grecque de saint Pachôme. Introduction critique et traduction*, Paris 1965, p. 219 [en adelante: Festugière]; Veilleux, p. 418).

na todo me muestra su confianza. El hombre, por sí mismo, es como vanidad (*Sal* 143 [144],4); pero cuando verdaderamente se ha sometido a Dios, ya no es más vanidad sino un templo de Dios (*2 Co* 6,16), como lo dice Dios mismo: “*Habitaré en ellos*” (*Jn* 14,23). No dice “en todos” sino sólo en los santos: en ustedes y en todos, y también en Pacomio si hace la voluntad de Dios».

Al oír estas palabras, estaban admirados de la sinceridad<sup>8</sup> y humildad del hombre. Cuando terminó de hablar, un hombre poseído por el enemigo llegó con una espada para degollarlo. Pero el Señor lo salvó por medio de los hermanos que lo acompañaban, mientras el tumulto reinaba en la iglesia. En tanto que algunos hablaban de una manera y otros de otra, los hermanos se salvaron del peligro y fueron al último monasterio, aquél llamado Pachnoúm (o: Pachnoym) en el distrito de la ciudad de Latópolis<sup>9</sup>.

La acusación que se le hace a Pacomio es la de: “clarividencia” (*dioratikón*). Ahora bien, ser *dioratikós* es un don, un carisma, “algo grande”, como le dicen los obispos presentes.

En su defensa Pacomio, poco menos de un año antes de su muerte (9 de mayo de 346), nos revela los hitos esenciales de su vida: su conversión (“de padres paganos, que no sabía quién era Dios... la gracia de convertirme en cristiano”), su amor a Dios y a los hombres (“cuidar a los hermanos”), la fundación de monasterios, nueve en total (la *Koinonía* pacomiana), donde los monjes se “apresuran día y noche, por la misericordia divina, a conservar sus almas sin reproche”, y lo más importante: el don que le ha hecho Cristo, quien si “ve a alguien temblando con todo su corazón por la pérdida de su prójimo, sobre todo de un gran número, ¿no le concederá el medio para salvarlo irreprochable, sea por el discernimiento del Espíritu Santo, sea por una visión, cuando el Señor lo quiera?”.

Intentaremos mostrar, siguiendo este itinerario que nos traza el santo abad, cómo él entiende toda su existencia a partir de su conversión. Y cómo fue desarrollando esa primera experiencia de la gracia divina con una coherencia sorprendente.

<sup>8</sup> *Parrestian*.

<sup>9</sup> *Primera Vida Griega de san Pacomio* (= G<sup>1</sup>), § 112; ed. F. HALKIN, *Sancti Pachomii Vitae Graecae*, Bruxelles 1932 (Subsidia hagiographica, 19). Traducción castellana en *Cuadernos Monásticos*, ns. 172 (2010), pp. 87-110; 173 (2010), pp. 243-268; 174 (2010), pp. 377-391; 175 (2010), pp. 535-569. Cf. asimismo: F. HALKIN, *Le corpus athénien de Saint Pachôme. Avec une traduction française par André-Jean Festugière, O.P.*, Genève 1982 (Cahiers d'orientalisme, II).

## “Amando a todos los hombres, los serviré según tus mandatos”

«Después de la persecución reinó el gran Constantino, primicia de los emperadores cristianos de Roma. Y como estaba en guerra contra cierto tirano mandó reunir muchos reclutas. También Pacomio, que contaba cerca de veinte años, fue llevado<sup>10</sup>. Mientras bajaban el río los reclutas, con los soldados que los vigilaban, anclaron en la ciudad de Tebas, donde los mantenían prisioneros. Al atardecer, cristianos misericordiosos que habían oído sobre ellos, les llevaron de comer, de beber y otras cosas necesarias, pues los reclutas estaban en la aflicción. El joven Pacomio, preguntando sobre esto, aprendió que los cristianos son misericordiosos con todos, incluidos los extranjeros. Entonces volvió a preguntar qué era un cristiano, y le dijeron: “Son hombres que llevan el nombre de Cristo, Hijo único de Dios, y que hacen el bien a todos, con la esperanza puesta en aquél que hizo el cielo, la tierra y a nosotros los hombres”.

Al escuchar hablar de una gracia tan grande, se inflamó su corazón del temor de Dios y de gozo. Se retiró aparte en la prisión, levantó las manos al cielo para orar y decir: “Dios, creador del cielo y de la tierra<sup>11</sup>, si vuelves tu mirada hacia mí<sup>12</sup>, porque no te conozco, tú, el único Dios verdadero<sup>13</sup>, y si me libras de esta aflicción, seré esclavo de tu voluntad todos los días de mi vida; y amando a todos los hombres, los serviré según tus mandatos”<sup>14</sup>.

Hecha esta oración, seguía navegando con los otros reclutas. En las ciudades más de una vez sus compañeros lo hostigaban respecto de los placeres mundanos y otros desórdenes: todos los rechazaba en memoria de la gracia de Dios que había recibido. Porque amaba mucho la pureza, desde la infancia.

Constantino derrotó a sus enemigos y los reclutas fueron dejados en libertad. Entonces, Pacomio, una vez que la nave ancló en la Alta Tebaida, se dirigió a una iglesia de la aldea llamada *Chenoboskeion*<sup>15</sup>.

<sup>10</sup> En realidad, Pacomio fue obligado a prestar el servicio militar a raíz de la contienda surgida entre Maximino Daia y Licinio en el año 313. El segundo saldrá victorioso del enfrentamiento, quedando así como único emperador del Oriente.

<sup>11</sup> Cf. *Hcb* 4,24.

<sup>12</sup> Cf. *1 S* 1,11; *Lc* 1,48.

<sup>13</sup> Cf. *Jn* 17,3. Pacomio siempre consideró su conversión como una verdadera curación espiritual; cf. *G*<sup>1</sup> § 47, donde cita este mismo texto de *Jn* (cf. Veilleux, p. 408).

<sup>14</sup> Cf. *Lc* 22,26.

<sup>15</sup> Corría entonces el año 313. Pacomio estuvo tres años en ese pueblo actualmente llamado:

Allí fue catequizado y bautizado. En la noche en que fue favorecido con el sacramento, tuvo una visión durante el sueño. Se vio a sí mismo cubierto con el rocío celestial, este se había derramado a su derecha, transformándose en miel sólida y la miel había caído en tierra, y escuchó a alguien que le decía: “Comprende lo que sucede: esto se cumplirá más tarde”<sup>16</sup>.

El cambio de rumbo que se realiza en la vida del joven Pacomio es un verdadero encuentro con Dios viviente y presente entre los hombres, *encarnado*, quien se le manifiesta ante todo como misericordioso, bondadoso. Así, cuando Pacomio pregunta quiénes son esos que los atienden en sus necesidades le dicen: “Son hombres que llevan el nombre de Cristo, Hijo único de Dios, y que hacen el bien a todos...”.

Esta primera experiencia será decisiva y “fundante”, ya que no sólo le da una nueva dirección a su vida, sino que imprimirá un sello indeleble en su corazón.

Asimismo, es llamativo que el relato nos diga que después de su bautismo tuvo una “visión durante el sueño”<sup>17</sup>. Circunstancia no casual ni excepcional que veremos repetirse en los momentos importantes de su existencia.

### “Construye un monasterio: muchos vendrán a ti para hacerse monjes”

Puede parecer contradictorio con la vivencia del neobautizado recién presentada, el hecho de que, “movido por el amor de Dios, Pacomio buscó hacerse monje. Le señalaron a cierto anacoreta llamado Palamón, y se fue a vivir con él en la soledad”<sup>18</sup>. La *Primera Vida Griega* no da ninguna explicación del por qué de esta iniciativa, excepto la muy escueta afirmación: “Movido por el amor de Dios”<sup>19</sup>. ¿Se podría entonces pensar que luego de un tiempo dedicado al servicio de los demás, en continuidad con su experiencia de conversión, sintió la necesidad interior de un cambio de vida?

Kasr-es-Sayad (Seneset en copto), perteneciente a la diócesis de Dióspolis. En ese lapso se dedicó al servicio de la gente humilde del lugar. Aunque este dato es omitido por G<sup>1</sup>, no hay motivo para dudar de su veracidad; cf. L. Th. LEFORT, *Les Vies coptes de Saint Pachôme et de ses premiers successeurs*, Louvain 1953, reimpresión, 1966, § 10 (Bibliothèque du Muséon, 16); y Veilleux, pp. 268 y 408.

<sup>16</sup> G<sup>1</sup> §§ 4 y 5.

<sup>17</sup> *Entúpnion eiden*.

<sup>18</sup> G<sup>1</sup> § 6. Hacia el año 316.

<sup>19</sup> G<sup>1</sup> § 6: *Kinotúmenos tēeis Theòn agápe*.

Lo cierto es que el tiempo pasado junto a Palamón produjo en Pacomio, siempre según la *Primera Vida Griega*, un afianzamiento y crecimiento espiritual:

“Pacomio se aplicaba a custodiar su corazón con toda diligencia, como está escrito (*Pr* 4,23). De forma que el buen anciano Palamón estaba admirado, porque no sólo soportaba de buen grado el esfuerzo de la ascesis exterior, sino que también se aplicaba a guardar la conciencia pura para cumplir la ley de Dios, aguardando la esperanza mejor del cielo<sup>20</sup>.

Cuando empezó a leer o recitar de corazón las palabras de Dios, no lo hacía de forma desordenada como la mayoría, sino que se esforzaba por retenerlas cada una totalmente, con humildad, mansedumbre y verdad, como dice el Señor: *Aprendan de mí que soy manso y humilde de corazón* (*Mt* 11,29).

... A menudo Pacomio era enviado a recoger y traer leña, e iba con los pies descalzos; por un tiempo sufrió fuertemente de sus pies por causa de las espinas que se le clavaban. Lo soportaba en recuerdo de los clavos de las manos y de los pies de nuestro Salvador en la cruz. Tenía, sobre todo, la costumbre de permanecer en el desierto para orar, pidiendo a Dios que lo librara, a él y a todos los hombres, de los engaños del enemigo. Y así era muy querido por Dios.

... Viviendo en la soledad, antes de que hubiese fundado el Cenobio, prestaba mucha atención a las bienaventuranzas, esforzándose por ser hallado puro de corazón (*Mt* 5,8)<sup>21</sup>.

El momento culminante de esta etapa es la, así llamada, *visión de Tabennesi*:

«En cierta ocasión, adentrándose a una gran distancia en el desierto, llegó a un pueblo deshabitado, llamado *Tabennesi*. Y para expresar su amor a Dios, oró. Como se demoraba en su oración, una voz le fue dirigida —aún no había tenido una visión, hasta ese día—, que le dijo: “Permanece aquí y construye un monasterio: muchos vendrán a ti para hacerse monjes”<sup>22</sup>.

<sup>20</sup> Cf. *Col* 1,5: *La esperanza del premio que Dios les ha reservado en los cielos*.

<sup>21</sup> G<sup>1</sup> §§ 9, 11 y 18. Pacomio tenía en muy alta estima esta bienaventuranza; cf. G<sup>1</sup> § 22: “por la pureza de corazón podía ver al Dios invisible” (Veilleux, p. 273).

<sup>22</sup> G<sup>1</sup> § 12.

Pacomio recibe una *misión*, coherente con la experiencia que lo había llevado a la conversión: el Señor le pide que acoja a quienes vendrán hacia él para abrazar la vida monástica. Se lo invita a ponerse al servicio del prójimo.

Un detalle llamativo del texto citado: se dice que esta fue la primera visión de Pacomio. Después de su bautismo tuvo un sueño, ahora “una visión” (*órama*), con lo que el biógrafo quiere expresar que no se trataba de una ficción de la imaginación o de una fantasía, sino de una auténtica *visión*.

Como argumentará más tarde en su apología, citada al comienzo, san Pacomio considera que las visiones le fueron concedidas con una finalidad: colaborar en la salvación del prójimo, un medio “para salvarlo irreprochable” (G<sup>1</sup> § 112). Esta primera visión-misión quedará confirmada más adelante en una segunda aparición-manifestación: «“La voluntad de Dios es que sirvas a la estirpe de los hombres, a fin de reconciliarlos totalmente con Él”; repitiendo esto tres veces, el ángel desapareció» (G<sup>1</sup> § 23).

## De la soledad a la vida comunitaria

Obediente al mandato del Señor, después de recibir la aprobación de *abba* Palamón, Pacomio comenzó a recibir los primeros discípulos. Y les inculcó tres normas básicas: la renuncia, el seguimiento del Salvador y la formación conforme a las Escrituras, meditando “los salmos y las enseñanzas de las otras partes de la Biblia, especialmente del evangelio” (G<sup>1</sup> § 24); en tanto que él haciéndose servidor de Dios y de ellos, según la orden de Dios, encontraba su descanso (*ibid.*). Los “hermanos novicios”, por su parte, se admiraban al ver “la bondad de Dios manifestarse” en Pacomio (G<sup>1</sup> § 25).

También comenzó a instruirlos: “Les decía que es bueno no pedir poder y gloria, sobre todo en un cenobio, para que a partir de esto no surjan disputas, envidias, celos y, al fin, divisiones en el seno de una comunidad de muchos monjes... Pero si alguno, en cuanto hombre, se hace censurable, no lo juzgamos: porque Dios es el Juez, y tiene bajo sus órdenes a esos jueces temporales que son los sucesores de los apóstoles, capacitados por el Espíritu para emitir un justo juicio<sup>23</sup>. Nosotros los pequeños debemos ser compasivos y misericordiosos los unos con los otros” (G<sup>1</sup> § 27).

Con todo, su catequesis más efectiva era su ejemplo: “Ante los ancianos, enfermos o niños Pacomio se compadecía, preocupándose de sus vidas en todo. Así los hermanos progresaban en la virtud y crecían en la fe, y él se alegraba puesto que se emulaban extraordinariamente por el bien... Estaba lleno de misericordia y amor por las almas. A menudo, viendo a los hombres

<sup>23</sup> Cf. *Jn* 7,24.

no reconocer a Dios, su Creador, lloraba solo largamente, deseando, si él pudiese, salvarlos a todos<sup>24</sup>.

Es realmente llamativa la convicción con que san Pacomio busca permanentemente la salvación del prójimo. Así, en cierta ocasión, cuando viene a visitarlo su hermana le dice: “El hombre no tiene otra esperanza en el mundo sino la de hacer el bien para sí mismo y para el prójimo antes de abandonar el cuerpo hacia el sitio donde será juzgado y recompensado de acuerdo con sus obras”<sup>25</sup>.

Incluso cuando se le presentaban dificultades, buscaba siempre proceder guiado por la caridad y la compasión:

«Antes que la comunidad aumentase numéricamente, junto a nuestro padre Pacomio había algunos hermanos que tenían pensamientos carnales, ya que no todos eligen el temor de Dios. Él los amonestaba con frecuencia, pero ellos no le obedecían ni seguían el camino recto, al contrario, lo afligían. Entonces (un día) se retiró a cierta distancia, cayó rostro en tierra e hizo esta oración: “Dios, nos has ordenando amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos<sup>26</sup>. Dirige tu mirada sobre estas almas, ten compasión de ellas y haz que, tocadas de compunción, te teman y sepan qué es la vida monástica, para que esperen en ti, como los otros hermanos”. Pero después de esta oración, vio que los hermanos se rehusaban a seguirlo, persistiendo en contradecirlo. Les impuso entonces la ley de la oración en común y las otras reglas de vida. Ellos, reconociendo que Pacomio no les permitiría vivir a su antojo, se retiraron atemorizados. Y así, después de esta partida, los otros hermanos progresaban más, al igual que el trigo crece una vez que se arranca la cizaña»<sup>27</sup>.

Cuando en cierta ocasión se le reprochó una decisión suya, respondió:

“Dios conoce mis intenciones... Nunca he querido dañar a ninguna

<sup>24</sup> G<sup>1</sup> §§ 28 y 29.

<sup>25</sup> G<sup>1</sup> § 32; cf. *Rm* 2,6-7.

<sup>26</sup> Cf. *Lv* 19,18; *Mt* 19,19. Estos textos son también citados en G<sup>1</sup> § 53, al reprochar a los hermanos no haber atendido como correspondía a un enfermo: “... Respetar a las personas, ¿dónde está el precepto de la Escritura: *Amarás al prójimo como a ti mismo* (*Lv* 19,18; *Mt* 19,19)?”.

<sup>27</sup> G<sup>1</sup> § 38; cf. *Mt* 13,24-30. 36-43. El relato de la G<sup>1</sup> es un resumen del que hallamos en S<sup>1</sup> §§ 10-19 (cf. LEFORT, *op. cit.*, pp. 3-6), en donde Pacomio fracasa en su intento de formar una comunidad con el primer grupo de discípulos (cf. Veilleux, p. 412).

alma. ¿Cómo podría afligir al Señor que dice: *Cada vez que hacen el bien a uno de los que creen en mí, es a mí a quien se lo hacen* (Mt 25,40; 18,6)? ¿Cómo podría ser tan insensato, alejando así a mis hermanos, como si los despreciara? Dios no lo quiera...<sup>28</sup>.

Ante el caso de un hermano rebelde al mandato de su superior, Pacomio le dice: “¿No has venido a buscar la voluntad de Dios? ... Al hacerle el bien a un mal hombre, (éste) logra llegar a una cierta percepción del bien. Tal es el amor de Dios: tener compasión (*sumpáschein*) los unos de los otros<sup>29</sup>. Más tarde, aquél, reconociendo su falta, le confesará a Pacomio: “Hombre de Dios, eres más grande de lo que habíamos oído. Porque hemos visto cómo venciste el mal por el bien<sup>30</sup>, porque has perdonado a un pecador insensato como yo. Si no hubieses tenido verdadera paciencia, sino que hubieses hablado contra mí, habría dejado la vida monástica, alejándome de Dios. Que seas bendito, porque es gracias a ti que vivo<sup>31</sup>. La voluntad de Dios es que los hombres se salven, tal la certeza que acompaña todas las determinaciones de Pacomio.

### “Un pecador como yo no le pide a Dios tener visiones”

La cuestión de las “visiones” del santo abad se plantea explícitamente en más de una ocasión en la *Primera Vida Griega*:

«Uno de los hermanos le dijo: “Háblanos sobre tus visiones”, y yo le respondí: “Un pecador como yo no le pide a Dios tener visiones. Es contra la voluntad de Dios, es un error. Pero en todo lo que hace conforme a la voluntad de Dios, incluso si devuelve la vida a un hombre muerto, el siervo de Dios queda a salvo del orgullo o de la jactancia. Puesto que, sin el consentimiento de Dios, ni siquiera vería la Providencia de Dios que gobierna todas las cosas. Sin embargo, escuchen sobre una gran visión. Si ves a un hombre puro y humilde, esta es una gran visión. ¿Qué es, en efecto, más grande que ver al Dios invisible<sup>32</sup> en un hombre visible, su templo<sup>33</sup>? De la misma

<sup>28</sup> G<sup>1</sup> § 40.

<sup>29</sup> Cf. *Ef* 4,2.

<sup>30</sup> *Rm* 12,21.

<sup>31</sup> G<sup>1</sup> § 42.

<sup>32</sup> Cf. *Hb* 11,27.

<sup>33</sup> Pacomio, en la *Catequesis a propósito de un monje rencoroso* (§§ 22 y 36), utiliza la expresión

manera debemos comprender la clarividencia de los santos que ven los pensamientos de las almas, como en el caso de Eliseo y Guehazi<sup>34</sup>. Cuando el Señor, que habita en los santos y conoce todas las cosas, les concede una revelación, entonces ellos son clarividentes; pero cuando no sucede así, son como los demás hombres. Pero todavía tienen otra ininterrumpida clarividencia que es la visión del Señor. Es lo que nos dice uno de ellos: *Véa siempre al Señor ante mí* (*Sal* 16 [15],8). Un hombre no es juzgado por no ver cosas ocultas, sino que lo es si pertenece al número de aquellos que el Espíritu condena por las palabras del salmo: *No tienen presente a Dios»* (*Sal* 54 [53],3)<sup>35</sup>.

Este pasaje es de gran importancia porque nos muestra dos aspectos salientes del pensamiento pacomiano: a) las visiones en sí no tienen ningún valor si falta la pureza de corazón y la humildad; b) lo realmente grande es que Dios habita en el hombre.

Es posible comprobar cómo Pacomio mantiene este modo de comprender las visiones en los textos que se verán más adelante.

## El servidor del Buen Pastor

Al crecer el número de monjes y también de monasterios, Pacomio experimentó la necesidad de poner por escrito “a modo de memorial, que nadie perjudicase a su prójimo, sino que cada uno siguiese la regla de conducta que les había sido fijada... Y velaba noche y día sobre ambos monasterios como servidor del Buen Pastor (*Jn* 10,11)”<sup>36</sup>. Significativa imagen bíblica que revela una vez más su preocupación por el rebaño a él confiado. A la que unía

---

“imagen de Dios” para referirse al prójimo; trad. en *Cuadernos Monásticos* n. 104 (1992), pp. 131 y 141; cf. Veilleux, p. 412.

<sup>34</sup> Cf. *2 R* 4,27. En la carta de Ammón (n. 16) encontramos la misma doctrina, con idéntica alusión a Guezhahí; cf. J. E. GOEHRING, *The Letter of Ammon and Pachomian Monasticism*, Berlin 1986, pp. 135-136 [texto griego] y 167-168 [trad. inglesa] (*Patristische Texte und Studien*; Bd. 27).

<sup>35</sup> G<sup>1</sup> § 48.

<sup>36</sup> Cf. Orsizio, *Testamento* 17: “Guarde cada uno el rebaño que le ha sido confiado con toda cautela y solicitud. Imiten a los pastores de que habla el Evangelio, a los cuales no encontré dormidos sino despiertos el ángel de Dios que les anunció la venida del Salvador (cf. *Lc* 2,8). Éste, por su parte, dice: *El buen pastor da su vida por las ovejas; el que es mercenario, y no es el pastor, el dueño de las ovejas, ve venir al lobo y huye, abandonando el rebaño. El lobo las ataca y las devora, porque es un mercenario, y no le importan las ovejas* (*Jn* 10,11-13)”; trad. en *Cuadernos Monásticos* n. 4-5 (1967), p. 205.

su esfuerzo por explicar a los hermanos “las palabras de las santas Escrituras, especialmente aquellas difíciles de comprender y profundas, y las que versan sobre la encarnación del Señor, la cruz y la resurrección” (G<sup>1</sup> § 56).

Ante sus ojos estaba siempre presente que él es quien debía servir a los hermanos, aún cuando en ocasiones no lo podía hacer por hallarse enfermo; así se lo dice claramente a Teodoro: “... Si al lavar mis manos eché agua en tus pies, como si los lavara, es para que no sea juzgado por mi conciencia, puesto que tú me sirves, en tanto que yo soy quien debería servir a todos los hermanos” (G<sup>1</sup> § 64).

Consideraba asimismo que era válido recurrir a un intermediario o incluso a “un ardid para procurar un beneficio” a quien corría peligro de perderse abandonando el monasterio<sup>37</sup>.

Grande era su preocupación por la situación de los monjes cuando él falleciera:

«Cierta día, mientras los hermanos estaban con Pacomio cortando juncos, y cuando los transportaban hasta el barco, él repentinamente cayó en éxtasis. Vio algunos hermanos rodeados por un ardiente círculo de fuego, y cuyas llamas les impedían salir; otros estaban con los pies descalzos sobre espinosos trozos de madera, adheridos a ellos por las espinas y sin posibilidad de liberarse; otros estaban a mitad de camino de un elevado precipicio, sin poder ascender ni tirarse al río, porque abajo los cocodrilos los acechaban y saltaban. Pacomio permanecía de pie, absorto en su visión, los hermanos pasaban y lo veían; y dejando sus cargas, se pusieron a orar junto a él. Después de más de una hora, volvió en sí mismo, y ordenó dar de comer a los hermanos, porque ya caía la tarde. Luego los invitó a reunirse en torno suyo. Y mientras les contaba su visión, todos lloraban llenos de un gran temor. Cuando le preguntaron qué podía significar (la visión), les dijo: “Tengo conciencia de que después de mi muerte, eso les sucederá a los hermanos: no encontrarán alguien que pueda consolarlos como necesitan, en el Señor, de sus tribulaciones”<sup>38</sup>.

Una vez más, se trata de una visión en función de la salvación del prójimo. También decía que a menudo había “escuchado a los espíritus malvados hablar entre ellos de sus artificios contra los hombres” (G<sup>1</sup> § 73). Esta experiencia espiritual es tan intensa en él que llega hasta quedarse sin el habla:

<sup>37</sup> Cf. G<sup>1</sup> §§ 65 y 69.

<sup>38</sup> G<sup>1</sup> § 71.

«Cierta día en que, nuevamente, explicaba a los hermanos lo referente a la salvación<sup>39</sup>, de repente su corazón quedó paralizado, en tal forma que ya no podía hablar. Comprendiendo en su espíritu por qué le sucedía eso, llamó al ecónomo del monasterio, y en voz baja le dijo: “Ve a la celda aquella, y observa quién es el que está descuidando su alma. Sé tú mismo testigo de la manera en que ha causado su ruina: ante todo, porque no ha venido a escuchar la palabra de Dios, a fin de fortalecerse contra el demonio que lo aflige y lo arrastra; en segundo término, ya que no ha venido a escuchar la palabra, ¿por qué no está en oración sino que duerme? No sé si será posible hacer de él un monje”. De hecho, él dejó a los hermanos y retornó con sus padres, porque no se había entregado para llevar la cruz según sus fuerzas»<sup>40</sup>.

Como servidor del Buen Pastor procedía con “discernimiento espiritual” en la corrección: “Todos cometemos faltas de muchas formas, pero recemos a Dios misericordioso, y Él nos curará. Y cuidémonos en adelante”<sup>41</sup>. Tenía pleno convencimiento de que el Señor salva a quien reconoce sus faltas, y por eso Pacomio se molesta cuando un grupo de hermanos ancianos no acepta escuchar la instrucción de Teodoro, debido a su juventud. Su reproche es *notable*:

«Ustedes han escuchado lo que se les ha dicho. ¿De quién son esas palabras? ¿Del orador o del Señor? Y los que se han irritado, ¿por qué motivo se han molestado? ¿Porque es más joven? Pero nosotros encontramos que respecto de un niño el Señor dice: “*El que recibe en mi nombre a un niño, me recibe a mí*” (Mt 18,15). ¿No estaba yo de pie, escuchando como uno de ustedes? Ahora bien, les digo que no lo hacía por aparentar, sino que escuchaba con todo mi corazón, como quien tiene sed de agua<sup>42</sup>. Puesto que la palabra de Dios exige una total recepción, como está escrito<sup>43</sup>. Malditos aquellos que se han ido<sup>44</sup>, haciéndose extraños a las misericordias de Dios. Si no se arrepienten de su orgullo, les será difícil alcanzar la Vida. Puesto que

<sup>39</sup> Literalmente: lo que es útil.

<sup>40</sup> Cf. *Mt* 10,38; *Lc* 9,23; 14,27. Cf. G<sup>1</sup> § 7.

<sup>41</sup> Cf. *St* 3,2; G<sup>1</sup> § 76.

<sup>42</sup> Cf. *Pr* 25,25.

<sup>43</sup> Cf. *1 Tm* 1,15; 4,9.

<sup>44</sup> Cf. *Jn* 6,67; *Sal* 44 (43),18.

Dios está cerca de quienes tienen el corazón contrito y salvará al humilde de espíritu<sup>45</sup>».

En ese pasaje se encuentra sintetizado lo que Pacomio consideraba esencial para una vida monástica cristiana: la *pureza de corazón* y la *humildad*.

### La severidad y la bondad de los hombres de Dios

Al crecer el número de hermanos y monasterios de la *Koinonía*, la actividad de Pacomio se centró en frecuentes visitas a las diversas comunidades, “confortando a los que estaban afligidos por tentaciones diversas. Les enseñaba a vencerlas por la memoria de Dios y les daba todas las disposiciones útiles para sus almas” (G<sup>1</sup> § 83)<sup>46</sup>.

Cuando era necesario no vacilaba en señalar las faltas contra los preceptos establecidos<sup>47</sup>, motivo por el cual algunos decían que “era, sin duda, perfecto en todo, pero temible y siempre afligido por el recuerdo de las almas sometidas a los tormentos, como lo que hemos escuchado acerca del (hombre) rico (Lc 16,23)”<sup>48</sup>. De nuevo se muestra aquí la que era su principal preocupación: la salvación de los hermanos que le habían sido confiados. Así lo señala fehacientemente el pasaje citado a continuación:

“Es algo importante si ves a un miembro de la casa que descuida su salvación, corrígele en privado con paciencia. Si alguna vez se enoja, déjalo, hasta que Dios le dé el arrepentimiento; es como cuando se quiere quitar una espina del pie de alguien, y se excava a su alrededor, si (el pie) sangra y sufre, es mejor dejarlo y aplicar un emplasto emoliente u otra cosa semejante. Después de algunos días, sale fácilmente por sí misma. Un (hombre) colérico gana más influenciado por quien no le responde, gracias a la paciencia que muestra aquél que lo forma según la Ley...”<sup>49</sup>.

<sup>45</sup> G<sup>1</sup> § 77; cf. *Sal* 34 (33),18.

<sup>46</sup> Un ejemplo de esa actividad suya es la siguiente exhortación que le dirige a un hermano: «... No desespere de ti mismo completamente –porque el Señor quiere nuestra conversión, no nuestra muerte (*Ez* 18,23. 32; 33,11)–, haz penitencia con todas tus fuerzas, no sólo con un corazón contrito y humillado (*Sal* 51 [50],17), sino también con penas corporales, para que también contigo se cumpla lo que está escrito: “*Mira mi humillación y mi dolor, y perdona todos mis pecados*” (*Sal* 25 [24],18). Y así el hermano se retiró alegre por la esperanza» (G<sup>1</sup> § 85).

<sup>47</sup> Cf. G<sup>1</sup> § 89.

<sup>48</sup> G<sup>1</sup> § 91.

<sup>49</sup> G<sup>1</sup> § 95.

Pacomio está convencido de que pueden curarse, con los medios adecuados, las enfermedades del alma:

«Un día nuestro padre fue a Tabennesi por un asunto apremiante concerniente a un alma. Después de haber saludado a los hermanos, se sentó, según su costumbre, para instruir a los hermanos sobre toda norma de vigilancia contra lo que se opone a la salvación, no sólo respecto a la castidad corporal sino también sobre pensamientos diversos: amor del poder, pereza, odio a un hermano, amor del dinero, diciendo: “Igual que el fuego purifica todo herrumbre y limpia los objetos, así el temor de Dios hace desaparecer del hombre todo lo que es malo y lo convierte en *un vaso de honor, santificado, agradable a Dios y dispuesto para toda buena obra* (2 Tm 2,21; cf. Flp 4,18)... Es un gran mal no referir prontamente su (tentación) a quien tiene el conocimiento, antes que esa afección del alma sea crónica. He aquí la terapia, que nos ha enseñado el Señor, por medio del discernimiento de espíritus: si he afligido a mi prójimo con una palabra, mi corazón ha sido herido, he sido convencido (de una falta) por la palabra de Dios y si no persuado rápidamente a mi prójimo, no tengo reposo...”<sup>50</sup>.

Pero en algunas ocasiones todo esfuerzo por el bien del otro resulta insuficiente:

“Falleció un día un hermano en el monasterio. Después de los funerales<sup>51</sup>, (Pacomio) no permitió a los hermanos cantar salmos delante del muerto, según era costumbre, hasta que se lo condujese a la montaña; además, no se ofreció la Eucaristía<sup>52</sup> por él. Recogió las vestimentas (del hermano) en el medio del monasterio y las quemó, llenando de temor a todos para que no descuidasen sus vidas. Cómo (Pacomio) soportó a ese hermano hasta que murió, no lo sabemos. Pero sabemos esto: los hombres de Dios no hacen nada perjudicial; su severidad y su bondad son medidas por su conocimiento de Dios”<sup>53</sup>.

Ante el fracaso su empeño no desfallece, y al confiarle un jovencito a

<sup>50</sup> G<sup>1</sup> § 96.

<sup>51</sup> Otra versión posible: “después de la preparación del cuerpo” (Veilleux, p. 368). También se podría traducir: “después de las honras fúnebres”.

<sup>52</sup> *Prospora*.

<sup>53</sup> G<sup>1</sup> § 103.

un monje anciano le dice: “... Por el amor de Dios, tómalo y sufre con él en todas las cosas hasta que sea salvado...” (G<sup>1</sup> § 104). El resultado, en este caso, será excelente, y el elogio de Pacomio más que llamativo: “Hay entre nosotros un hombre que, desde que me he convertido en monje, no he visto ninguno parecido. Como una lana blanca que se tiñe en púrpura preciosa y la tintura no se borra jamás, lo mismo esta alma ha sido teñida por el Santo Espíritu. Si, después de haber escuchado tal testimonio, piensa que me refiero a él, no se alegrará; si se lo critica, no se entristecerá: permanece el mismo sin inmutarse...” (G<sup>1</sup> § 105).

A la hora de hacer autocritica de su servicio a los hermanos en la *Koinonía*, he aquí su confesión: «He descuidado visitar y consolar a los hermanos porque fui a la isla donde, todo el día, trabajo en el campo para alimentar a los hermanos» —porque entonces había hambre— (G<sup>1</sup> § 106).

También se repetía a sí mismo y a los demás: «Lo mismo que un cadáver no dice a otros cadáveres: “Yo soy su cabeza”, así yo jamás he considerado que soy el padre de los hermanos. Sólo Dios es su padre»<sup>54</sup> (G<sup>1</sup> § 108). Porque “temía convertirse en extranjero respecto a la humildad y a la dulzura del Hijo de Dios, nuestro Señor Jesucristo”<sup>55</sup> (G<sup>1</sup> § 110).

### La actitud de Pacomio ante las visiones que recibía

En cierta ocasión el santo abad tuvo una experiencia muy fuerte, he aquí su propio relato: «Poco ha faltado para que no haya entregado mi alma esta noche. En efecto, cuando elevaba oraciones en la *synaxis*, he visto apariciones terroríficas; y estaba tan atemorizado que era como que yo ya no existía. Y supliqué al Señor que este miedo permaneciera en mí y en los hermanos hasta el fin, recordando a los padres que estaban con Moisés a los pies del monte Sinaí, cuando hubo fuego y otras cosas temibles<sup>56</sup>... Aquellos que lo escucharon se admiraron, principalmente porque no les revelaba las cosas escondidas que veía por voluntad de Dios, a no ser que contribuyesen a la fe y a la edificación» (G<sup>1</sup> § 88).

Pacomio estaba totalmente convencido de que esas visiones que el Señor le concedía tener tenían una finalidad: ayudarle en su tarea de colaborar en la salvación de los hermanos. Y por lo tanto consideraba que no se

<sup>54</sup> Cf. *Mt* 23,9.

<sup>55</sup> Cf. *Mt* 11,29.

<sup>56</sup> Cf. *Ex* 19,16; 20,18.

debían buscar tales experiencias:

“Otra vez, cuando los dos (Pacomio y Teodoro) estaban sentados junto a un hermano en los estertores de la muerte, el Señor les reveló la forma en que el alma sale del cuerpo. No dijeron nada de esto a ninguna persona mientras vivían: porque hay misterios. Pero los hermanos venerables<sup>57</sup>, que estaban con ellos, los vieron contemplando con quieto asombro a un santo (hombre) presente en el momento que el enfermo entregó su alma. Algunas veces, sin embargo, contaban una parte de lo que habían visto por voluntad del Señor, por el beneficio de la edificación. Por otra parte, el abad Pacomio acostumbraba a enseñar que el pensamiento de querer contemplar alguna de las cosas invisibles es totalmente inaceptable, porque las cosas invisibles son tan asombrosas que atemorizan a los que las buscan y escuchan”<sup>58</sup>.

### **“No descuides a los hermanos negligentes consigo mismos”**

En el lecho de muerte Pacomio tomó por la barba a su discípulo Teodoro y le hizo esa recomendación<sup>59</sup>. Revelando así, una vez más, la que fue su mayor preocupación: la salvación de los hermanos.

### **Conclusión**

Al concluir esta breve comunicación, la tentación que me asaltó fue sistematizar, ordenar, el itinerario espiritual de san Pacomio. Pero me di cuenta de que un intento de esa naturaleza traicionaría lo que este maravilloso relato nos transmite: una experiencia de Dios en el amor a los hermanos y hermanas. Porque tal fue justamente el primer encuentro con Cristo que tuvo Pacomio: se le manifestó compasivo y bondadoso en sus seguidores. Y él sintió a partir de ese momento que Dios realmente se ocupa de los seres humanos.

Abrazó entonces el seguimiento de Cristo, y después de su bautismo quiso imitar ese ejemplo que había recibido. Comenzó él mismo sirviendo como había sido servido. Pero seguramente, y esta es una opinión personal, en cierto momento comprendió que debía atenderse a sí mismo, por decirlo de alguna forma. Buscó entonces ayuda en quien supiera enseñarle a cono-

<sup>57</sup> *Megáloi*.

<sup>58</sup> G<sup>1</sup> § 93.

<sup>59</sup> G<sup>1</sup> § 116.

cerse y disciplinarse, iniciándose en la vida monástica cristiana.

Durante su experiencia monástica el Señor le concedió descubrir cuál debía ser su misión, en total y asombrosa continuidad con su vivencia anterior. San Antonio abad reconocerá, según la *Primera Vida Griega*, que Pacomio cumplió con gran entereza lo que el Señor le pidió:

“... Al comienzo, cuando me hice monje, no había ningún cenobio para educar a las otras almas; cada uno de los antiguos monjes, después de las persecuciones<sup>60</sup>, practicaba solo su ascesis. Entonces el padre de ustedes, por (inspiración) del Señor, hizo esta hermosa realidad<sup>61</sup>. Había otro con anterioridad, llamado Aotas<sup>62</sup>, que quiso cumplir ese servicio, pero como no lo realizó de todo corazón, no lo logró”<sup>63</sup>.

Pacomio tuvo plena conciencia, en el correr de los años, de la obra que estaba llevando adelante, y de su importancia. Sus discípulos le atribuyen la siguiente reflexión:

“En nuestra generación en Egipto veo tres cosas principales que prosperan por la acción de Dios para provecho de todos los que tienen entendimiento: el obispo Atanasio, el atleta de Cristo que luchó por la fe hasta la muerte; el santo abad Antonio, ejemplo perfecto de la vida anacorética; y esta *Koinonía*, que es un modelo para todos aquellos que quieren reunir las almas según Dios, para ayudarlas hasta que lleguen a ser perfectas”<sup>64</sup>.

La obra realizada por Pacomio no es fruto de un ideal monástico, mucho menos de una ideología, tampoco de una síntesis doctrinal ni de una reflexión teológica, sino de una profunda experiencia cristiana, de un encuentro vital con Cristo en el prójimo; y de una apremiante necesidad de transmitir esa vivencia: hay que procurar salvar al mayor número posible. Y todos los dones recibidos del Señor deben ponerse al servicio de esa misión: sea el discernimiento del Espíritu Santo, sea una visión (cf. G<sup>1</sup> § 112).

Desde su conversión hasta su defensa en el sínodo de Latópolis,

<sup>60</sup> En torno al año 271.

<sup>61</sup> *Tò agathón*.

<sup>62</sup> Esta es la única noticia que tenemos de este personaje.

<sup>63</sup> G<sup>1</sup> § 120.

<sup>64</sup> G<sup>1</sup> § 136.

Pacomio no sólo ha interiorizado la conciencia de su misión, sino que la ha profundizado llegando a la certeza de fe sobre la que se apoya la *Koinonía* por él fundada: «El hombre, por sí mismo, es como vanidad (*Sal* 143 [144],4); pero cuando verdaderamente se ha sometido a Dios, ya no es más vanidad sino un templo de Dios (*2 Co* 6,16), como lo dice Dios mismo: “*Habitaré en ellos*” (*Jn* 14,23)» (*ibid.*).

El gran *Cenobio* pacomiano es un memorial viviente de la presencia de Dios entre los hombres. En él cada monje se encuentra con Cristo, permanentemente me atrevería a decir, porque sirve al hermano. Y todas las normas que Pacomio va estableciendo para la convivencia apuntan hacia una única dirección: que nadie pierda de vista la presencia de Dios en sí mismo y en la comunidad.

Después de recibir el bautismo Pacomio tuvo un sueño: “Se vio a sí mismo cubierto con el rocío celestial, este se había derramado a su derecha, transformándose en miel sólida, y la miel había caído en tierra... Comprende lo que sucede: esto se cumplirá más tarde” (*G*<sup>1</sup> § 5).

Tal como lo había escuchado, el sueño se hizo realidad: el rocío celestial, la gracia que había recibido, se transformó en miel sólida, en bondad y dulzura, que se derramó por tierra, y se difundió en los corazones de quienes, ansiando su salvación, se unían a la *Koinonía* para encontrar el camino de la salvación en Cristo.

*Monasterio Santa María  
Casilla de Correo 8  
B6015WAA Los Toldos  
ARGENTINA*